

REFLEXIONES PARA EL 32º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
06 de noviembre de 2022

El Monte ~ La Residencia de Littledale

Nos acercamos al final del año litúrgico de la Iglesia: el tercer domingo a partir de hoy es el primer domingo de Adviento. No es de extrañar, pues, que las lecturas de hoy exploren la cuestión: "¿Hay vida después de la muerte?".

Aunque hoy en día los cristianos damos por sentada la vida después de la muerte, incluso hasta la época de Jesús había diferencias de opinión sobre si había vida después de la muerte. De hecho, para nosotros hoy, tenemos diversas opiniones sobre cómo es la vida después de la muerte - hemos imaginado un lugar llamado cielo, pero cada uno de nosotros tiene una imagen diferente de cómo es el cielo. Tendemos a imaginar aquellas cosas que nos dan más alegría, y entonces concluimos que el cielo es el lugar donde éstas están plenamente presentes. Me han oído decir que no quiero ir al cielo a menos que pueda dormir hasta el mediodía todos los días y luego sentarme a leer mis historias de asesinatos durante el resto del día. Aunque tus deseos pueden ser más sublimes que los míos, tendemos a adoptar el mismo enfoque. Lo que todos tenemos en común es la creencia de que, una vez más, veremos a nuestros seres queridos cara a cara.

Las lecturas de hoy nos advierten que debemos confiar en que hay vida después de la muerte, pero que no estamos tan seguros de cómo será. La primera lectura y el Evangelio son los extremos del libro, y ambos imaginan algunas dimensiones de la vida después de la muerte. El salmo y la lectura de 2 Tesalonicenses reflexionan más sobre cómo nos preparamos para este momento de nuestra vida.

En la primera lectura de 2 Macabeos, escuchamos partes de la horrible historia de una madre y sus siete hijos que fueron torturados y luego martirizados por orden de Antíoco IV Epífanes. Antíoco fue un rey griego helenista que gobernó el Imperio Seléucida (incluyendo Judá y Samaria) desde 175 a.C. hasta su muerte en 164 a.C. Emitió decretos que prohibían muchas prácticas judías tradicionales y comenzó una campaña de persecución contra los judíos devotos que acabó desembocando en la revuelta macabea. En la historia de hoy, la madre y sus hijos son cruelmente castigados por negarse a comer carne de cerdo, considerada impura y por tanto prohibida por su religión judía. Nuestra lectura de hoy no incluye los siguientes versículos, que son importantes para entender el razonamiento de los hijos y la enseñanza de su madre:

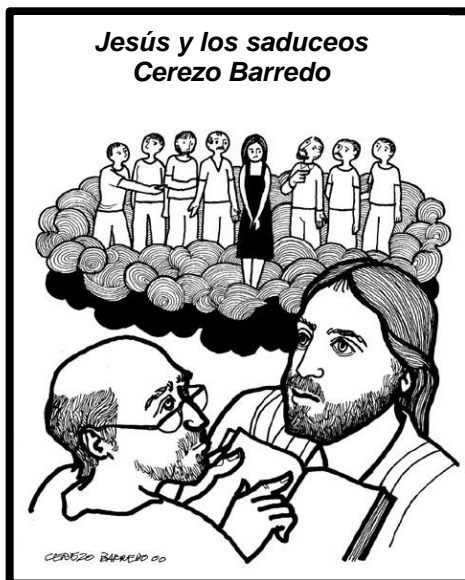
La madre fue especialmente admirable y digna de honrosa memoria. Aunque vio perecer a sus siete hijos en un solo día, lo soportó con buen ánimo gracias a su esperanza en el Señor. Animó a cada uno de ellos en la lengua de sus antepasados. Llena de un espíritu noble, reforzó su razonamiento de mujer con el coraje de un hombre, y les dijo: "No sé cómo nacisteis en mi vientre. No fui yo quien os dio la vida y el aliento, ni quien puso en orden los elementos dentro de cada uno de vosotros. **Por eso, el Creador del mundo, que dio forma al principio de la humanidad e ideó el origen de todas las cosas, por**



misericordia os devolverá la vida y el aliento, ya que ahora os olvidáis de vosotros mismos por causa de las leyes." 2 Mac 7,20-23

La fidelidad de los hijos a la Torá fue repetida por cada uno de ellos antes de ser martirizados, como lo fue aquí por su madre antes de ser ella misma asesinada. Ella sitúa su muerte en el contexto de la creación y del cuidado creador de Dios para cada uno: "El Creador del mundo, con misericordia, os devolverá la vida y el aliento". Esta enseñanza se produce en una época en la que no había una creencia unánime entre el pueblo de Judá de que había vida después de la muerte. Es una de las pocas veces en el Antiguo Testamento que se menciona esta creencia con tanta autoridad y convicción.

En la época de Jesús, tal y como se recoge en el Evangelio de Lucas de hoy, los fariseos creían plenamente en la resurrección de los muertos, pero el otro grupo de líderes religiosos, los saduceos, no. Los saduceos querían atrapar a Jesús utilizando mal una de las leyes para señalar una situación imposible si se creía en la resurrección. Hablan de la mujer que se ha casado sucesivamente con siete hermanos según la regla mosaica del levirato prescrita por Dt 25,5.



Jesús evita este argumento diciendo: "Los que son considerados dignos de un lugar en aquella época y en la resurrección de los muertos ni se casan ni se dan en matrimonio. De hecho, ya no pueden morir, porque son como ángeles y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección" (Lc 20:35-36). Una pastora, Karoline Lewis, dice sobre este comentario: "El Reino de Dios tiene algo más en mente que el patriarcado que encarcela a las mujeres ahora. No, las mujeres no seguirán siendo propiedad. Las mujeres no seguirán siendo pasivas en su lugar en la sociedad".

Jesús continúa diciendo: "El hecho de que los muertos resuciten lo mostró el mismo Moisés, en el relato sobre la zarza, donde habla del Señor como el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Ahora bien, Dios no es el Dios de los muertos, sino el de los vivos, pues para Dios todos están vivos" (Lc 20,37-38). No tenemos ni idea de cómo será la vida después de la muerte: es una transformación que va más allá de nuestra imaginación actual. Pero sabemos con certeza que el Dios que nos llama a la vida y a la relación continúa en relación con nosotros más allá de la muerte en lo que signifique la nueva vida. Para Dios, la relación que comenzó con la creación nunca termina.

Elizabeth Johnson csj añade algo de lo que esto significa para nuestras relaciones con aquellos a quienes amamos pero que han muerto: "Esperando contra toda esperanza, afirmamos que ellos [nuestros seres queridos que han muerto] no han caído en la nada sino en el abrazo del Dios vivo. Y ahí es donde podemos encontrarlos de nuevo; cuando abrimos nuestros corazones a la calma silenciosa de la propia vida de Dios en la que habitamos, no llamándolos egoístamente de vuelta a donde estamos, sino descendiendo a la profundidad de nuestros propios corazones donde también habita Dios".

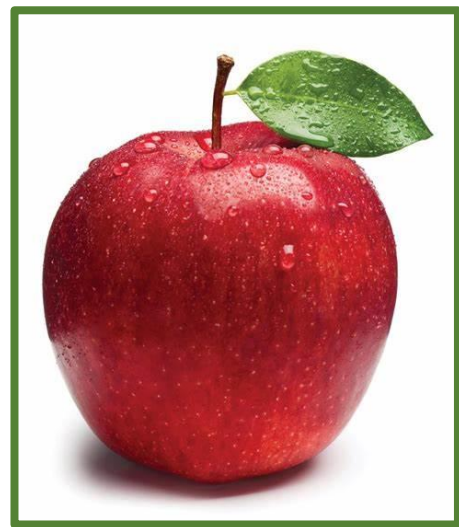
Ron Rolheiser omi describe el "cielo" de una manera muy conmovedora y bellamente expresada:

En los Evangelios, Galilea es el lugar donde, en su mayor parte, ocurren las cosas buenas. Es el lugar donde los discípulos conocen a Jesús por primera vez, donde se

enamoran de él, donde se comprometen con él y donde ocurren los milagros. Galilea es el lugar donde Jesús invita a caminar sobre el agua. Galilea es el lugar donde las almas de los discípulos se agrandan y prosperan.

Y es también el lugar de cada uno de nuestros seres queridos fallecidos. En la vida de cada uno de ellos había una Galilea, un lugar donde sus personas y sus almas estaban más vivas, donde sus vidas irradiaban la energía y la exuberancia de lo divino. Cuando miramos la vida de un ser querido que ha muerto, debemos preguntarnos: ¿Dónde estaba más viva? ¿Qué cualidades encarnaba y aportaba de forma más singular a una habitación? ¿Dónde levantó mi espíritu y me hizo querer ser mejor persona? Nombra esas cosas y habrás nombrado la Galilea de tu ser querido, y también habrás nombrado la Galilea de los Evangelios, es decir, ese lugar del corazón donde Jesús te invita a encontrarte con él. Y ahí es también donde te encontrarás con tus seres queridos en la comunión de los santos. No busques a una persona viva en un cementerio. No está allí. Está en Galilea. Encuéntrala allí.

El Salmo 17 nos da el sentido de esperanza y confianza en nuestras vidas hoy, que se hace aún más real después de nuestra muerte: "Guárdame como a la niña de tus ojos; escóndeme a la sombra de tus alas, En cuanto a mí, contemplaré tu rostro en la justicia; cuando despierte me saciaré, contemplando tu semejanza" (Sal 17,8.15). El escritor de 2 Tesalonicenses se hace eco de esta confianza que avala nuestra creencia de que "Dios no es Dios de los muertos, sino de los vivos, pues para él todos están vivos", al derramar sobre nosotros esta bendición: "Que el mismo Señor Jesucristo y Dios, nuestro Padre, que nos amó y nos dio por gracia el consuelo eterno y la buena esperanza, conforte vuestros corazones y los fortalezca en toda buena obra y palabra . . . Que el Señor dirija vuestros corazones al amor de Dios y a la firmeza de Cristo" (2 Tes 2,16-17; 3,5).



La semana pasada celebramos las fiestas de Todos los Santos y de los Difuntos. Este próximo viernes celebramos el Día del Recuerdo. Al amparo de esos maravillosos momentos de sincronidad, de las sorpresas de Dios, las lecturas de hoy nos ayudan a comprender que encontramos a los que han muerto "descendiendo a la profundidad de nuestro propio corazón, donde también habita Dios". Este sentido de la conexión en el amor entre nosotros y los que nos han precedido tiene su eco en esta oración-poema de Jan Richardson:



Cuando el muro entre los mundos es demasiado firme, demasiado cercano. Cuando parece todo solidez y bordes afilados. Cuando cada mañana te despiertas como si estuvieras aplastado contra él su presencia prohibitiva te quita el aliento de ti de nuevo. Entonces podrás ver lo débil que es el muro y cuán fuerte es lo que se agita al otro lado que respira contigo y te bendice aún ligado a ti para siempre pero liberándote en este vivir, en este mundo mucho más amplio de lo que jamás conociste.